

Este periódico se publica todos los días, menos los lunes, á las siete de la mañana.

Suscripción en la capital.....\$ 2 00 al mes.
Fuera de la capital.....\$ 2 50 " "

Los números sueltos valen un real.

DESPACHO.

Primera calle de la Independencia, letra B, cerca de la casa de Diligencias.

LA IBERIA

PERIÓDICO DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, Y MEJORAS MATERIALES.

Despacho de La Iberia.

Librería Madrileña, portal del Aguila de Oro.

Antigua Librería del portal de Agustinos.

Despacho de la imprenta donde se publica.

AVISOS.

Dirigirse á la Agencia General, calle de Lardo N.º 3, y al despacho de La Iberia.

TOMO II.

MEXICO, Domingo 27 de Octubre de 1867.

NUM. 185

EL HURACAN.

Van llegando los pormenores de la espantosa catástrofe que ha derramado la consternacion y la muerte en las orillas del Bravo. Acabamos de recibir el Boletín Oficial de Matamoros, correspondiente al 11 del actual, y en él encontramos una nueva y mas minuciosa relacion de los desastres que sufrió aquella ciudad en la terrible noche del 7 al 8, así como algo de lo que pasó en Bagdad y en Brownsville al mismo tiempo.

Los efectos de esa espantosa calamidad no pueden contemplarse sin sentir profunda compasion por las victimas, y estas deben haber sido innumerables, por haberse desatado de noche aquella furia de los elementos.

Las escenas de Matamoros que cuenta el Boletín, son desgarradoras, y mas deben haberlo sido todavía las de Bagdad, convertida en campo de batalla entre las olas de la mar y la corriente del rio. Lo de Brownsville da horror.

Bien se comprende que la mayor parte de los habitantes de esas poblaciones habrán quedado reducidos á la miseria, porque en todas partes es mayor siempre el número de los pobres que el de los ricos. Debemos, pues, figurarnos que existen hoy en Matamoros, en Bagdad y en todas las demas poblaciones de aquella comarca, infinitas familias, que despues de haber perdido á sus deudos, no tienen pan que comer ni un techo en que abrigarse.

Todos esos infelices claman por un consuelo en su infortunio, y los primeros que tienen obligacion de procurársele, son los habitantes del país á que pertenecen. El Gobierno les ha enviado ya los primeros auxilios, pero el Gobierno no puede hacerlo todo en semejantes casos, y es preciso que para ello se reunan los esfuerzos de los particulares. Ya debía estar abierta una suscripción general con este objeto; pero ya que no se hizo en los primeros instantes, hágase inmediatamente, y mándese pronto lo poco ó mucho que se reúna, porque los viejos, las mujeres y los niños que lloran en las orillas del Bravo, no pueden vivir mucho tiempo sin pan y sin abrigo.

El Siglo XIX promovió el otro día una reunion para tratar de este asunto, y creemos que no tuvo resultado. Sin embargo, no se puede decir mas sobre esto, que lo que dijo el Siglo; y para que su pensamiento se realice, deseáramos que todo el mundo leyera sus nobles palabras.

Hé aquí las relaciones del Boletín Oficial de Matamoros, de que hablamos al principio:

MATAMOROS.

Noche del 7 al 8 de Octubre de 1867

Desde 1844 no habia resentido Matamoros una calamidad mayor que la que acaba de sufrir.

Ayer al medio día comenzó á soplar un viento Norte, algo fresco al principio, pero caliente despues y acompañado de algunas ráfagas de aire mas fuerte y menudas lloviznas tan penetrantes como desagradables.

Para las cuatro de la tarde el cielo se habia cubierto de nubes, continuando la lluvia y el viento, hasta que ya para las siete de la noche la oscuridad era completa.

Declaróse despues el huracan en toda su fuerza, y comenzaron á sentirse todos sus estragos de tal manera, que ya para las nueve de la noche los árboles caían y perdian sus techos algunas casas.

Continuando así, sin interrupcion, no pudiendo soportar mas la fuerza del aire los edificios destechados, se derrumbaban las paredes haciendo un estruendo espantoso.

Las hojas de latas arrancadas de los techos rodaban por las calles aumentando con su ruido la consternacion general.

Familias enteras recorrían en su arrebato las calles, y al ir á refugiarse al templo, ven asombradas que hasta esta mansion sagrada se entremece, que el huracan arranca las cubiertas de sus empinadas torres, y retroceden espantadas buscando un abrigo á su desgracia.

Para las doce de la noche el huracan parecia terminado, algunos abrian las puertas que con tanto trabajo habian cerrado, y se lanzaban á la calle á ver la suerte que habria cabido á sus semejantes, ansiando saber si habian sobrevivido despues de tanta destruccion, y se encontraban con otros, que poseidos de la misma idea, corrían en pos de ellos y al fin se encontraban en las calles, y en presencia de ese horroroso cuadro que dejaba tras sí la tempestad se saludaban y estrechaban con júbilo.

¡Mas ay! Los que así se abrazan, tienen que separarse repentinamente para volver á sus casas, porque el huracan volvia de nuevo; pero ahora era el Sur, soplando el viento con mas fuerza, y gradualmente hasta llegar á ser poderoso, apoderándose de los ánimos una consternacion desesperada.

La lluvia caía entonces á torrentes, y poco despues los vientos soplaban encontrados, siguiendo á esto con mas precipitacion la destruccion de los edificios.

Para las tres de la mañana el huracan habia calmado, y cuando ya habia amanecido pudo verse la devastacion que habia sufrido la ciudad por sus horrorosos estragos causados en cinco horas, por los elementos enfurecidos.

Las pérdidas son irreparables y los daños causados podrán calcularse en algunos millones.

Muchos años pasarán antes que Matamoros vuelva á verse como estaba.

Aun no ha sido posible averiguar el número de victimas, cuya existencia tenemos que lamentar; aunque si sabemos por desgracia hay algunas.

Sabemos que nuestras autoridades procuran aliviar en cuanto es posible á los que á consecuencia de esta catástrofe se encuentran en la indigencia; y la poblacion les agradece todas las medidas que tomaron tan oportunamente y en los momentos mas críticos, para evitar mayores desgracias. Nosotros, al ver que han desaparecido tantas

fortunas, que miles de familias están en la mayor miseria, alzamos nuestra voz para implorar á nombre de la humanidad doliente, una mirada de compasion á sus semejantes desgraciados.

La imploramos á su nombre á nuestro Gobierno general, para que les imparta su proteccion, así como á nuestros hermanos de México y del exterior, para que ayuden de alguna manera, á aliviar en sus sufrimientos, con su benigna proteccion, á los innumerables seres que hoy lloran la suerte á que los sujetara el destino.

BAGDAD.—Como se esperaba, el terrible huracan mostró todo su furor en la villa de Bagdad.

Segun una comunicacion que con fecha 8 del actual acaba de recibir el C. gefe político y comandante militar del Distrito, de la comandancia militar de aquella villa, los desastres han sido allí tan espantosos como lamentables.

Comenzó á soplar el Norte en aquellas playas desde el 7 á la una de la tarde, y ya para las seis, el huracan se habia declarado con toda su fuerza, durando así hasta media noche, en que despues de una pequeña calma volvió á soplar con mas furor del Sudeste, acompañado de una lluvia impetuosa y abundante, haciendo que el rio se desbordase, al mismo tiempo que la marea, que retrocedia subiendo, inundaran tan rápidamente aquella villa, que á los pocos instantes ya habia mas de tres pies de agua en las calles. El viento que arremetía en aquella hora, y la mar que pasando sus límites se extendia mas acá de la poblacion, arrasaban con mas prontitud que lo que tardamos en decirlo, mas de las tres cuartas partes de su caserío. Las casas que han quedado en pié son muy pocas, y estas en muy mal estado.

Los principales edificios desaparecieron. Del mercado, la iglesia, el juzgado, la escuela, y otros monumentos del pueblo, solo quedaron los escombros, para decir á los que sobreviven: aquí fué Bagdad, la villa pintoresca, que saludaba con júbilo el navegante al divisarla desde el mar.

En medio de tanta devastacion y tanto terror, el comandante militar C. Juan Fernandez tuvo la entereza de ánimo suficiente para reunir á los que errantes y desesperados vagaban sin saber dónde abrigarse, llevarlos á los médanos, en donde permanecieron todos unidos hasta pasado el huracan.

Despues les ha procurado el Sr. Fernandez cuantos recursos ha podido encontrar en aquel cadáver de poblacion, y ahora se dirige á nuestra autoridad, pidiendo víveres y trasportes para conducir á esta ciudad las familias que se hallan á la intemperie.

El ciudadano gefe político, en vista de la imposibilidad que existe de auxiliarnos prontamente, tanto por no haber comunicacion por tierra, cuanto por no haber vapores que puedan en este momento ponerse en marcha, ha facultado al C. Fernandez para que se proporcione en esa los víveres necesarios, como igualmente los trasportes posibles, autorizándolo ampliamente para responder de su importe por cuenta de esta gefatura. Mientras tanto, se le ha hecho de aquí un envío, custodiado por el gefe de la policia, de harina, galleta, azúcar y café, que llegarán á tiempo pa-

ra socorrer las necesidades de los desgraciados.

Hasta la fecha de la comunicacion de que hemos hecho referencia, solo se sabia haber perecido la Sra. de Mellado y el Dr. Loevenstein, entre las personas mas conocidas, no pudiendo aquella autoridad dar otros informes mas detallados por la precipitacion con que despachaba el correo.

Los dos buques llegados últimamente, uno de Liverpool y otro de Nueva-York, habian desaparecido sin saber la suerte que hayan corrido.

Los vapores que estaban en el rio, y otras embarcaciones pequeñas, se divisan desde Bagdad, tiradas en el llano á una distancia de mas de dos leguas.

La vecina Clarksville y Brazos se cree que han desaparecido.

Sentimos mucho los sufrimientos de nuestros hermanos de Bagdad, y nos congratulamos al mismo tiempo del celo con que nuestras autoridades atienden á la voz de la humanidad doliente, siendo por lo tanto acreedoras á un eterno reconocimiento público.

BROWNVILLE.—Tambien lamenta esta vecina poblacion, la destruccion de muchos de sus mejores edificios y la vida de algunos de sus habitantes.

Parece que el conflicto en esa ciudad fué mayor y mas desesperado que entre nosotros; porque allí, á mas de los horrores del huracán, se unia el desenfreno de los negros, que en medio de la consternacion general, corrían por las calles cometiendo toda clase de abusos, por donde quiera que pasaban.

¡Pobres familias; en qué desesperaciones habrán vivido en esos instantes!

Hé aquí ahora una carta particular que nos ha facilitado un amigo nuestro, y en la cual se dan otros interesantes pormenores sobre la misma catástrofe. Contiene ademas, esta carta, observaciones curiosas sobre los cambios de temperatura que se notaron en aquella noche terrible, y da noticia de algunos raros fenómenos que durante la violencia del huracan se observaron. Dice así la carta:

Tengo el gusto de escribirles estas líneas, despues de haber pasado un peligro de perecer el día 7 del presente en la noche. En la mañana habia salido rumbo á Reñosa á ver un enfermo; por mi fortuna el camino no estaba muy mojado y pude avanzar lo bastante para quedar fuera del alcance de un horroroso huracan que esa noche se desató, habiendo empezado suave por un Norte con agua; mas á las nueve de la noche aumentó con furia, durando hasta las once y media, en cuyo tiempo desquició y aflojó multitud de casas, ayudado por un fuerte aguacero, y derrumbó todas las que por débiles ó viejas no le pudieron resistir. Despues vino una calma de cosa de veinte minutos, durante los que ni un cabello se movia; la tranquilidad comenzaba en las personas, y llegaron á salir de sus casas los que no habian sufrido, porque los otros no tenían mas abrigo que las calles llenas de montones de escombros. A pocos momentos comenzó á soplar el Sur; y aunque dicen que la reaccion es igual á la accion,

aquí falló, pues fué diez veces mas fuerte el segundo, y al cabo de una hora soplaban todos los vientos y se formaban unos remolinos que arrebatában las casas enteras y las echaban por tierra, sea por la horrible fuerza que tuvo despues, sea porque encontró á la ciudad medio destruida; el resultado fué que, sin exageracion, la poblacion concluyó. Hubo fenómenos dignos de llamar la atencion; el barómetro bajó á 25 centímetros; el termómetro, al principio, cuando sopló el Norte, marcaba 5 grados sobre cero, y cuando sopló el Sur, 31 del centigrado. Multitud de casas parecia que ardian; salían de ellas unas como llamaradas ó bolas de fuego de todos colores; pero sobre todo azúladas, y se percibia en toda la poblacion un olor de oz. Dicho fuego fué un fenómeno muy curioso, pues al día siguiente nada habia que indicara quemazon, y sobre todo, el agua que caía, era absolutamente imposible que no hubiera apagado un infierno; de suerte que es preciso explicarlo, ó por la compresion que sufría el aire dentro de las casas, ó por frotamiento consigo mismo ó con todo lo que encontraba, porque el fuego se veia solo en las casas y no en las plazas ni en las nubes.

Terminó el huracan á las tres y media de la mañana, dejando á la mayor parte de los habitantes sin tener un rincón, ni una pieza de ropa que ponerse. No hay una sola casa que no haya sufrido, de las pocas que quedaron en pié, y de estas se van á tirar muchas, porque amenazan ruina. Relativamente, hubo pocas desgracias hasta este momento, aunque no se han levantado ni la cuarta parte de los escombros, porque es obra de romanos. Van encontrados treinta muertos y cuarenta heridos, solo por la autoridad, sin contar todas las personas levemente lastimadas, ó que tienen recursos para curarse por sí. Entre los edificios que se cayeron, se cuentan el teatro, la parroquia, el colegio, el panteon, todas las garitas y casi toda la poblacion. Hay muchas calles en las que no se puede aún andar, y ya han limpiado multitud. Les aseguro que ha sido horroroso y el único en su especie, porque en los anteriores ha habido muchos estragos, pero no se pueden comparar con estos.

Nadie podia salir á la calle; de suerte que sintiendo que sus casas temblaban y se desmoronaban, ni aun el recurso de huir tenían, porque el viento y el agua no los dejaban; apenas intentaban salir, eran arrojados con tanta fuerza para la calle ó para adentro, que se resolvían á morir machucados; la única postura era en el suelo, boca abajo, pero sin levantar ni la cabeza, porque era azotada contra el suelo. El ruido del aire era tan fuerte, que desaparecían los demas; á tal grado, que al caer una casa, los de los lados no lo oían, y cada uno apenas oía el ruido que la suya en su derrumbe producía. Si les dijera todo, no tendria con muchos pliegos. Se calculan las pérdidas en cinco ó seis millones de pesos. Entre lo que perdí cuento mi carretela; me la hizo dos pedazos el huracan; los asientos con las ruedas, se los llevó á doscientas varas, y el techo á cosa de quinientas, todo por encima de las casas. El pueblo de la Boca del Rio se acabó; parte de la poblacion se salvó en los médanos, y hasta ahora